

ROL DE LAS CREENCIAS Y COSTUMBRES EN LOS PROGRAMAS SANITARIOS (*)

Benjamín D. Paul, Ph. D.

Harvard School of Public Health, Boston, Mass

"El progreso del medio ambiente para una mejor salud no es propiamente asunto de la tecnología. Puede chocar con diversas creencias y costumbres del pueblo que los lleven a rechazar su acción".

El hombre es un animal biológico y social; es, además, un animal culto. Es culto en cuanto a que dirige su vida y regula su sociedad no por instintos ciegos o su sola razón aislada, sino más bien por un conjunto de ideas y habilidades transmitidas socialmente de una a otra generación y sostenidas en común por los miembros de su particular grupo social. La cultura es un plano-guía para la vida social. El hombre habita en un doble ambiente: un plano exterior, de clima, terreno y recursos, y un plano interior de cultura que gravita entre el hombre y el mundo que lo rodea. Por la aplicación de los conocimientos que llegan a él como parte de su herencia cultural, el hombre transforma su ambiente físico para aumentar sus comodidades y mejorar su salud. Lo interpreta, también, asignando significado y valor a sus diversas características de acuerdo con los dictados de su cultura personal. Entre otras cosas, la cultura opera como mecanismo selectivo para la percepción y entendimiento del mundo exterior. Dado que las culturas varían de uno a otro grupo, las interpretaciones del medio físico varían también correspondientemente.

La gente, por lo común, no se da cuenta de cómo la cultura influye en sus pensamientos y en sus actos. Suponen que su comportamiento es EL comportamiento, o bien, el comportamiento "natural". Al actuar recíprocamente con los demás en su propia sociedad, que participa de sus presunciones culturales, pueden desconocer la

cultura como una determinante de la conducta; como denominador común, aquella parece desaparecer. Un ingeniero puede construir dispositivos sanitarios en el área de su hogar, sin preocuparse demasiado de las características culturales de la gente que va a usarlos. Al compartir de sus hábitos y creencias, él las ha tomado, en realidad, en cuenta. Pero, en otro país, con otra cultura, sus presunciones y las de los residentes pueden no calzar tan exactamente. En algunas partes de América Latina, las pacientes de maternidad, de medios económicos moderados, desean una pieza privada de hospital con una alcoba contigua para alojar una criada o una pariente que las atienda a permanencia. En lugares de India rural el hospital debe ser construido con una serie de cocinillas en que la familia de la paciente pueda preparar las comidas en vista de las prohibiciones culturales contra la manipulación de alimentos por miembros de otras castas. Y, desde luego, el efecto de las diferencias culturales se hace manifiesto con mayor intensidad donde el saneamiento tiene que realizarse directamente dentro de los sistemas de hábitos del pueblo, más bien que dentro de las estructuras y plantas que son de utilidad para el pueblo.

Cualquiera persona, familiarizada con el desarrollo de los programas de asistencia técnica, conoce de la clase de diferencias conductuales que he mencionado. Desafortunadamente, sin embargo, es fácil interpretar erróneamente tales

(*) American Journal of Public Health. Vol. 48, N^o 11. P. 1502 - 1506.

"THE ROLE OF BELIEFS AND CUSTOMS IN SANITATION PROGRAMS".

Presentado a una de las sesiones de la 85^a Reunión Anual de la American Public Health Assoc. en Cleveland, Ohio, 15 Nov. 57.

Tdaucción de J. Martínez.

diferencias. Tres tipos de errores son comunes. El primero consiste en suponer que "ellos" tienen más creencias y hábitos estrambóticos, mientras que nosotros tenemos menos. Nos inclinamos a considerarlos como prisioneros del hábito ciego y nos consideramos a nosotros mismos como relativamente libres de características culturales. El hecho es que todos los hombres son creaturas de su propia cultura con su inevitable mezcla de elementos racionales y no racionales. Las culturas difieren y los índices de cambios culturales difieren; pero los pueblos no difieren apreciablemente en el grado en que sus acciones son modificadas por sus respectivas culturas. Tenemos la ligereza de aplicar el término "superstición", o el epíteto de "costumbres rústicas" a la manera de pensar o de comportarse de los demás. Nos puede repugnar las costumbres de comer perros domésticos y, sin embargo, desagradarnos con la gente que prefería pasar hambre antes de comerse su ganado. Los americanos, detestan el olor del suelo durante la noche en los caseríos de Corea y otras partes del Asia Oriental; un caballero coreano a raíz de su primera visita a Nueva York fué interrogado por un amigo sobre como le había parecido la gran ciudad, a lo que contestó "Oh, muy bien, pero huele tan mal. . .". Medidas por las normas de una cultura, las manifestaciones de otra están expuestas a aparecer más o menos arbitrarias o grotescas. Tenemos que darnos cuenta de que nosotros también tenemos cultura y que nuestras maneras pueden parecer tan extrañas a los demás como las de ellos a nosotros.

Aún aceptando que nuestra conducta, tanto como la de ellos, porte el sello de la dependencia cultural, una segunda presunción fácil es que nuestro comportamiento e ideas son más avanzadas que las de ellos; que ellos tienen todavía que ponerse al día con nosotros. Lo malo de esta presunción es que ella representa una verdad parcial: Algunos aspectos de la cultura, principalmente el conocimiento científico, y la pericia técnica, están de hecho sujetos a medición y a relativa ordenación. Pero el conocimiento no es sabiduría y muchos aspectos de la cultura, incluyendo lenguaje, estética, códigos de moral y valores religiosos, permanecen más allá de la apreciación objetiva por falta de un **standard de medición** desprejuiciado. Constituye un error y un insulto suponer, como impensadamente lo hace-

mos a veces, que porque algunas áreas del mundo se encuentran técnicamente sub-desarrolladas, su gente o sus culturas sean en general sub-desarrolladas.

Un tercero y muy común error en nuestra comprensión de las diferencias culturales, lo constituye una tendencia a considerar las costumbres y creencias como elementos aislados más bien que como partes de un sistema o patrón. El encadenamiento entre las partes de la cultura puede ser suelto o tenso y sus conexiones no ser siempre aparentes a la primera inspección, pero frecuentemente ocurre que la gente se aferra a una práctica o creencia particular, no simplemente porque le sea familiar y tradicional, sino porque se encuentra ligada a otros elementos de la cultura. A la inversa, un cambio producido en un área de la cultura puede acarrear consigo cambios inesperados en otras áreas, o puede traer como consecuencia torpes dislocaciones, como lo mostrará la siguiente ilustración.

En la isla de Palau en el Pacífico Occidental, la modalidad de vida exige grandes y frecuentes hacinamientos de gente para celebrar y solemnizar ciertos acontecimientos sociales. Antiguamente, las casas de Palau eran lo suficientemente grandes para contener bastante gente. No existían tabiques divisorios y cada asistente a una fiesta podía recibir su comida en el orden de su rango y sentarse en forma de no ofender a nadie dándole la espalda. Desde la última guerra, la mayoría de los Palauenses viven en pequeñas casas de 2 o 3 piezas construidas al estilo japonés o americano. Tratan de conservar las antiguas costumbres, pero tienen sus dificultades. Los visitantes repletan la pequeña casa y se sientan amontonados sobre el suelo. Deben sufrir la ofensa de tener que mirar la espalda de un vecino y deben comer en cualquier orden. Los Palauenses mastican betel y escupen incesantemente. Las antiguas casas tienen varias puertas y numerosas nendiduras en el suelo para facilitar este hábito. Las nuevas construcciones, especialmente las cabañas de Quonset que ahora se están haciendo para el alojamiento de los jefes y salas de consejos, han causado menos trastornos. Las dos puertas de Quonset son elementos de gran necesidad; los agujeros de los nudos en la madera de los pisos son demasiado escasos para ayudar a la mayoría de los masticadores. Se están intro-

duciendo tarros de latón como escupitines, pero su provisión es insuficiente.

Las costumbres domésticas y de hospitalidad, una vez estrechamente ligadas en Palau, están ahora sólo en relación forzada. Debe dejarse establecido, entre paréntesis, que las tensiones sociales o culturales no son en sí mismas ni buenas ni malas; de acuerdo con el caso, pueden ellas llevar a una progresiva desorganización cultural o a una eventual reorganización del sistema socio-cultural sobre una nueva base.

En algunas ocasiones la gente lucha por evitar las tensiones culturales resistiéndose a los mejoramientos ambientales y sanitarios. En la India rural, la contaminación fecal de los alimentos y del agua, por contacto directo o por contacto a través de las moscas y roedores, constituye un problema difícil. La fuente de este trastorno es la costumbre de defecar a campo abierto. El uso de letrinas contribuiría grandemente a la resolución del problema. Los ingenieros de salud pública y otros que trabajan en India han ideado tipos especiales de letrinas adecuadas a la posición local, en cuclillas y diseñadas para adaptarse a diferentes condiciones del suelo y del clima y de abastos de agua. En la práctica, se ha instalado numerosas letrinas, pero los estudios consecutivos revelan que sólo una pequeña proporción es usada regularmente. Las mujeres, en particular, tienden a evitar las letrinas. Todas las mañanas y las tardes las mujeres salen en grupo al campo, no solamente para exonerar, sino también para quitar tiempo a sus pesadas labores domésticas, para charlar y cambiar opiniones sobre sus maridos y suegras, y para bañarse con el agua de los estanques ubicados en el campo. Los hábitos encadenados de ir a los campos a reuniones sociales y por razones de toilet y de baño, resuelven una necesidad fuertemente sentida para la vida de la comunidad y descanso de la fatiga cotidiana. En opinión de las mujeres, las costumbres de defecación, están útilmente ligadas a otras costumbres. En opinión de los especialistas de saneamiento estas costumbres están desastrosamente ligadas a un ciclo de contaminación y enfermedad intestinal. Para interrumpir el ciclo de contaminación se presiona a las mujeres al uso de las nuevas letrinas. Ellas evitan seguir este consejo, en parte porque haciéndolo interrumpirían un conjunto de costumbres que prefieren man-

tener intacto y, en parte, porque su cultura no les ha dado base para comprender la conexión entre heces y enfermedades entéricas.

Comencé diciendo que la cultura se interpone entre el hombre y su ambiente material. En un artículo que analiza los resultados de un programa de saneamiento rural en una pequeña ciudad del Perú, el autor explica cómo las percepciones de un elemento ambiental tan común como el agua son culturalmente encubiertas.

"Un trabajador sanitario debidamente entrenado, puede percibir la "contaminación en el agua porque sus percepciones están ligadas a ciertos modos de observar que le permiten ver el agua en una forma, especialmente determinada. El ciudadano peruano ve también el agua en una forma especialmente determinada. Entre él y el agua que está observando su cultura suprime ("filters out") las bacterias e incorpora ("filters in") el frío, el calor u otras cualidades que son tan sin sentido para él como lo son para los extraños".

Parte importante de la cultura local es un complejo sistema de diferencias entre lo cálido y lo frío. Muchas cosas en la naturaleza, incluyendo alimentos, líquidos, medicinas, estados del cuerpo y enfermedades, son clasificadas como esencialmente "cálidas" o "frías" o algo intermedio, sin relación con la temperatura real. Los enfermos deben evitar los alimentos que son muy fríos, como por ejemplo la carne de cerdo. El agua "cruda" es fría y apropiada para las personas sanas; el agua cocida es cálida y apropiada para el enfermo. Las horas del día en que el agua puede hervirse están circunscritas por limitaciones de tiempo y combustible y además están restringidas por las consideraciones de "cálida" y "fría". El agua se consume principalmente alrededor del mediodía. El agua hervida más tarde y guardada durante la noche se torna peligrosamente "fría" y debe ser hervida de nuevo en la mañana. Así, pues, resulta inútil hervirla a cualquiera otra hora que no sea en la mañana, por primera vez. Los pacientes esfuerzos de un higienista local para persuadir a las dueñas de casa a descontaminar su agua de bebida por la ebullición dieron escaso resultado frente a estas convicciones culturales.

Es interesante anotar que el sistema de ideas de cálido y frío, hoy ampliamente difundido en América Latina, se remonta al parecer muchos siglos hasta la teoría humoral de la enfermedad,

expuesta por Hipócrates y Galeno y transmitida por los árabes a España y por los españoles al Nuevo Mundo, donde ocupó un lugar en la enseñanza oficial de la medicina hasta el siglo XVIII. Las teorías populares sobre medicina en la India rural contemporánea y en otras partes del Asia, indican que la teoría humoral se extendió también en esa dirección, si es que realmente no tuvo su origen en alguna parte del Asia. En el curso de sus viajes, la teoría humoral sufrió modificaciones, tantas que su forma actual en Asia no es idéntica a la de América Latina. Es notable que complejos culturales, como este sistema ideológico de lo cálido y lo frío, hayan persistido, aunque alterados, a través de tan largos períodos de tiempo.

Objetivamente considerado, el cosmos y todo su contenido son moralmente neutros; nada es bueno o malo en sí mismo, sino que simplemente, es. Pero el hombre envuelve a su cosmos con un manto moral. Lo evalúa, reputando algunas cosas como buenas y otras como malas. Los valores, bases fundamentales para escoger entre vías de acción alternativas, constituyen una parte central de la cultura de cualquier grupo. Los valores difieren, pero estas diferencias son menos manifiestas que las diferencias en el lenguaje, vestido, situación, reglas de etiqueta u otros evidentes aspectos de la cultura. En razón de que los valores quedan habitualmente por debajo del nivel del conocimiento, nosotros estamos particularmente capacitados para imponer nuestros propios valores sobre los demás, en la inocente suposición de que únicamente estamos ayudándolos a alcanzar mejor salud. Los miembros de nuestra propia clase media tienden a hacer de nuestra limpieza una virtud, fuera de su posible importancia sanitaria. La pulcritud es tanto una medida de salud como un valor cultural. Esta distinción se puede apreciar si echamos una mirada retrospectiva a través de la historia para observar la cambiante importancia asignada al baño y a la limpieza desde la época de los antiguos griegos. Tal revisión servirá también para ilustrarnos sobre el encadenamiento de los elementos de la cultura.

Pese a que no construyeron grandes baños, los griegos valoraron grandemente los deportes atléticos y despreciaron a los persas por su falsa modestia al mantener el cuerpo cubierto.

Los romanos, adoptando de los griegos mucho de su culto al cuerpo, construyeron enormes baños públicos en que los hombres desocupados pasaban diariamente sus horas. Los primeros cristianos se levantaron contra la religión pagana establecida y también contra muchas de las actitudes y amenidades inherentes a la cultura romana. Los baños fueron considerados como instrumentos de paganismo y vicio, como una invención destinada a suavizar el cuerpo más bien que a salvar el alma. Pronto, hasta un mínimo de limpieza por los medios corrientes fué considerado como camino a la perdición. El santo asceta era indiferente a la suciedad; el cuidado de su limpieza personal, especialmente por parte de un hombre, acarrearba la sospecha de que éste podría no ser un excelente cristiano.

El baño, sin embargo, ocupó importante lugar en la vida de los europeos en los tiempos medievales. Como vaso del alma, el cuerpo necesitaba ser protegido. El monasterio de comienzos de la Edad Media tenía su sala de baño para frailes y peregrinos. En el siglo XIII se había introducido en las ciudades el uso de los baños públicos, que proporcionaban tanto baños de vapor como de agua junto con corte de pelo y cirugía menor. Pero, la presencia de alimentos y bebidas, muchachas y música, convirtió gradualmente los establecimientos de baño en lugares de esparcimiento y eventualmente les acarreó la oposición del clero. Además, las casas de baños se transformaron en centros de infección cuando la sífilis empezó su azote sobre Europa a fines del siglo XV. Los baños municipales desaparecieron del escenario urbano, los hogares privados carecían de baños y el hábito de bañarse fué en su totalidad condenado por razones de moralidad y salud.

El interés por la limpieza corporal fué resuscitado en el siglo XVIII con el desarrollo de la instrucción, el aumento de las comodidades, el refinamiento de las fórmulas sociales y el nacimiento de la burguesía. La delantera en este sentido fué tomada por países donde la nueva clase media enriquecida se tornó especialmente influyente; de aquí, el fregado de las gradas de entrada holandesas y el proverbial inglés con su baño portátil. Hoy día, en los Estados Unidos, la prosperidad, la democracia, y la frecuencia del baño, han llegado a ser valores eslabonados. Los ame-

ricanos dicen que la limpieza es vecina de la santidad, lo que es una indicación de que el baño y la limpieza son valores de gran influencia en la cultura de la clase media contemporánea, tanto como medio de mejorar la salud. Con todo, aun en los Estados Unidos el baño no es tan antiguo ni tan generalizado como la gente ahora supone. Ackerknecht nos recuerda que el Presidente Fillmore fué tan atacado por comprar una tina de baño para la Casa Blanca en 1851, como lo fué Harry Truman en nuestros días por su balcón.

Podríamos alcanzar mejores éxitos en la exportación de nuestros medios técnicos, destinados a

mejorar la salud del mundo, si pudiéramos lograr despojar estos medios de los valores y otros arreos culturales que acompañan su uso en el escenario americano. Podría entonces resultar más fácil adecuar nuestros medios técnicos a los contenidos de las culturas foráneas. Para lograr este objetivo, necesitamos adiestrarnos en la percepción de nuestros propios contornos culturales y los del país que nos proponemos ayudar. Esta es una de las razones por qué la enseñanza de la antropología cultural y de otras ciencias sociales está siendo rápidamente introducida en las escuelas de salud pública.